

Presidente de la República

Ernesto Samper Pizano

Gobierno plantea cooperación sin entregar soberanía

Asociación Americana para las Naciones Unidas

Independientemente de cualquier amenaza, presión o acción unilateral contra el Gobierno, contra el pueblo de Colombia, o contra su presidente, seguiremos luchando para hacer realidad el anhelo de todos los colombianos de tener un país libre de la droga. Nuestra lucha la adelantamos por nuestra propia convicción y no como resultado de ninguna presión.

Ningún foro mejor y más calificado que este para formular algunas consideraciones sinceras sobre el curso que llevan las relaciones de mi país con los Estados Unidos

Esta reflexión parece particularmente oportuna en momentos en que dichas relaciones atraviesan por un periodo de dificultad.

La «narcotización» de la agenda bilateral, que viene desde hace más de veinte años, ha convertido el proceso de nuestras relaciones en una especie de «montaña rusa», de ascensos difíciles y caídas vertiginosas, de períodos de comprensión y desconfianza reciproca, como el que actualmente vivimos.

Les aseguro que en medio de tantas y tan graves dificultades que conforman la agenda del presidente de Colombia, enfrentando la guerrilla, el poder desestabilizador de la droga, su efecto corruptor y sus procedimientos terroristas, la lucha contra la pobreza y el mantenimiento de la economía, el tema de los Estados Unidos ocupa un sitio prioritario en nuestras preocupaciones del día a día.

En Colombia se percibe una gran preocupación por cuenta del Estado de nuestras relaciones con los Estados Unidos. Los empresarios, con razón, se preocupan por la posible imposición de sanciones económicas. Pues bien, les quiero decir con toda franqueza que a los únicos que beneficiarían estas sanciones, sería a los propios narcotraficantes que verían abiertos espacios para consolidar sus actividades ilícitas.

Los cultivos de banano y flores, que se cerrarían por cuenta de las sanciones, serían reemplazados por cultivos de coca, marihuana o amapola por parte de los narcotraficantes.

Las sanciones también les harían un daño grande a los intereses americanos en nuestro país, en la medida en que somos el segundo comprador de los Estados Unidos en Suramérica, después de Brasil; y uno de los primeros países receptores de inversión extranjera.

Los empresarios no son los únicos que observan las relaciones con los Estados Unidos de manera pesimista.

Los periodistas también andan a la caza de malas noticias que les suministran algunos voceros oficiales, aquí y en Colombia. Esta actitud ha implicado aumentar el clima de tensión entre los dos países, siguiendo la peligrosa política de poner presión en la olla para que las cosas se cocinen más rápido.

Los buenos cocineros sabemos que, en política, como en culinaria, las ollas a muy alta presión pueden arruinar la cena y hasta explotar y destruir la casa.

En el Congreso de Colombia se convocan debates sobre posibles violaciones de nuestra soberanía. Además, el sentimiento antiamericano que registran las encuestas en un país como el mío, caracterizado toda la vida por ser uno de los más «pro-americanos» del continente, indica que los colombianos sienten hoy una incomprendición que antes no registraban.

Para dos países como los nuestros, que han sido y tienen que seguir siendo aliados en causas tan necesarias como la lucha contra las drogas, estas escenas parecen una comedia del absurdo.

Colombia, en sus relaciones con los Estados Unidos, jamás podrá llegar a ser comparada con otros países enemigos del pueblo americano y del mundo.

Tenemos razones para sentirnos orgullosos de participar de los mismos ideales que han inspirado la formación de la Nación Norteamericana.

Colombia es la democracia más antigua de América Latina.

La economía colombiana, con la de Chile, es considerada una de las más fuertes del hemisferio. Llevamos cuarenta años consecutivos de crecimiento positivo, no atravesamos épocas de hiperinflación como otros países y superamos sin ninguna dificultad la crisis de la deuda externa de los años ochenta.

Superamos la pasada crisis política sin lesionar el Estado de derecho.

Estoy en Nueva York porque he venido a responder por mi país. Mi presencia en esta gran ciudad se explica porque soy un presidente democráticamente elegido, por un período fijo y sin posibilidades constitucionales de reelección, lo cual tranquiliza mucho a mis opositores políticos.

También estoy aquí como presidente del Movimiento de Países No Alineados, la más grande organización del mundo después de las Naciones Unidas, que agrupa a 113 países miembros que representan las dos terceras partes de la población mundial.

Entonces, ¿cómo llegamos a este nivel de las relaciones bilaterales?

Buena parte de la respuesta radica en el hecho de que, en la definición de la política de Estados Unidos hacia Colombia, se nos ha considerado, equivocadamente, como enemigos. Y por supuesto, no lo somos. También se ha considerado al presidente como una persona tolerante con los carteles de la droga, de los cuales he sido su más implacable verdugo.

Cuando se cuente la historia de lo que han sido estos meses difíciles de las relaciones bilaterales, inclusive se dirá que esta época de «presión permanente y desconfianza recíproca», pudo haber interrumpido la continuidad institucional de una de las democracias más estables del continente. Les puedo asegurar que ello no ocurrirá.

La fuerza incontenible de muchos años de amistad y cooperación, de la cual algunos de Ustedes han sido testigos y artífices, ha impedido que lleguemos, todavía y por fortuna, a escenarios irreversibles en nuestra relación.

Estamos a tiempo de evitar que en Colombia se empiece a pensar que no vale la pena seguir pagando los costos económicos, institucionales y en vidas humanas, de esta lucha casi solitaria contra las drogas.

Colombia invierte cerca de 1.000 millones de dólares al año en la lucha contra las drogas, de los cuales apenas el 15% provienen de ayuda externa.

Más de 20.000 personas, entre policías, soldados, jueces, periodistas e inocentes civiles han perdido sus vidas en los últimos diez años.

El narcoterrorismo, y ahora la narcoguerrilla, han amenazado seriamente nuestro Estado de derecho y nuestra larga tradición democrática. Lo viví hace dos semanas cuando tuve que confrontar la marcha de 200.000 campesinos sembradores de coca en el sur del país, que intimidados por la guerrilla y financiados por los narcotraficantes, se oponían a la fumigación de sus cultivos.

A pesar de todo, aún estamos a tiempo de evitar que se quiebren los puentes y de actuar en la reconstrucción de una relación bilateral basada en la sinceridad y el respeto mutuos.

Dicha reconstrucción es tarea de muchas horas y muchos días, de meses inclusive. Lo primero que debemos hacer es actuar con sinceridad.

Sinceridad para entender la verdadera dimensión de la situación que atraviesa Colombia.

Estamos librando muchas batallas al mismo tiempo y, afortunadamente, también registramos avances positivos en todas ellas. La batalla contra el narcotráfico. Mi Gobierno ha planteado una estrategia de lucha integral contra el narcotráfico que comprende acciones simultáneas en diez frentes relacionados con la erradicación de cultivos, la interdicción de precursores y droga procesada, el apresamiento y juzgamiento de narcotraficantes y la penalización ejemplar de personas y bienes asociados con la criminalidad organizada.

Las cifras hablan por sí solas. En lo corrido de mi Gobierno, durante dos años, comparado con lo sucedido en la presente década:

- Se ha erradicado el 89% de los cultivos de coca y el 35% de cultivos de amapola.
- Se ha decomisado el 27% de la cocaína y el 66% de la heroína.
- Se ha capturado el 37% de los narcotraficantes, incluida la totalidad de la cúpula del cartel de Cali, responsable, según fuentes conocidas, del 80% del tráfico de cocaína en el mundo.

¿Ustedes creen que una persona supuestamente «comprometida» con los Cartel, como se me ha acusado al denunciar una posible infiltración de dineros del narcotráfico en la campaña que me llevó a la presidencia, podría mostrar estos resultados tan contundentes?

¿No son éstos muestra de una inquebrantable voluntad política para combatir el tráfico de sustancias ilícitas?

¿Creen Ustedes que estos resultados se pueden dar a espaldas o en contra del presidente de la república?

En Colombia el presidente actúa como Comandante en Jefe de las Fuerzas Militares y de Policía, y es quien designa los ministros y define la terna para escoger el Fiscal General de la Nación.

La lucha contra el narcotráfico es un problema de seguridad nacional en Colombia y de responsabilidad colectiva en lo internacional.

Con esta convicción, el pasado lunes, ante la Asamblea General de Naciones Unidas, le propuse al mundo una Agenda Global contra las Drogas, fundamentada en la corresponsabilidad, la igualdad y la integralidad. Esta estrategia mundial contempla seis puntos principales:

1. La creación de un mecanismo para la erradicación social de cultivos ilegales.
2. Un acuerdo sobre control de tráfico de precursores químicos y de armas.
3. Un mandato de lucha contra el lavado de activos.
4. Una central mundial de inteligencia para la cooperación operativa contra carteles y redes.
5. Un tratado mundial de cooperación judicial.

Independientemente de cualquier amenaza, presión o acción unilateral contra el Gobierno, contra el pueblo de Colombia, o contra su presidente, seguiremos luchando para hacer realidad el anhelo de todos los colombianos de tener un país libre de la droga. Nuestra lucha la adelantamos por nuestra propia convicción y no como resultado de ninguna presión.

La historia de América Latina demuestra que la cooperación produce mejores resultados que la confrontación y que lo único que queda del unilateralismo es el odio y el resentimiento. Quien lo dude puede consultar las políticas del buen vecino del presidente Roosevelt, la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy, la protección de los derechos humanos del presidente Carter, la Iniciativa de Cooperación Hemisférica de los presidentes Reagan y Bush, o el propio espíritu de la actual cumbre de las Américas.

También estamos liberando la batalla contra la subversión armada. Para los coleccionistas de anacronismos, Colombia tiene la guerrilla más antigua del mundo. Su supervivencia se explica, en importante medida, por su alianza siniestra con el narcotráfico, brinda protección a cambio del pago de un «impuesto».

Estamos combatiendo la guerrilla con inteligencia, movilidad y comunicaciones.

La tercera batalla tiene que ver, como en todo país del continente, con la superación de la pobreza. Colombia ha mejorado sensiblemente sus indicadores sociales básicos.

Los índices de mortalidad infantil han caído, la esperanza de vida ha subido y nuestras tasas de crecimiento demográfico son reconocidas. Pero tenemos altos niveles de pobreza absoluta y un alto grado de informalidad en nuestra economía, contra los cuales estamos luchando.

El plan de desarrollo del Salto Social de mi Gobierno se ha propuesto duplicar, en estos cuatro años, la participación de la inversión social en el Producto Bruto; llevar la cobertura de salud gratuita a doce millones de personas y conseguir la meta de que no se quede un sólo niño sin educación básica.

Una Red de Solidaridad está llegando a los sectores más necesitados con subsidios para los ancianos indigentes, las madres cabezas de familia y, además, complementos nutricionales para los niños de las regiones más apartadas.

La lucha contra la pobreza la estamos librando con la misma energía con la que estamos combatiendo el narcotráfico y la subversión armada porque tenemos la convicción de que mejores condiciones de vida, para más ciudadanos, constituyen la mejor vacuna contra la violencia y la droga.

Finalmente, está la batalla por la modernización.

En los próximos cinco años invertiremos más de 27 mil millones de dólares en el mejoramiento de nuestra infraestructura y preparación tecnológica. Puertos, carreteras, ferrocarriles, comunicaciones, electricidad y conocimiento, forman parte de este colosal esfuerzo para hacer más competitiva nuestra economía y adecuarla al reto externo de la competencia.

Estimados amigos:

Como ven, mi país está luchando, con dignidad y energía, para salir adelante. Porque conozco mi gente, la gente colombiana, gente alegre y trabajadora, estoy seguro que conseguiremos finalmente nuestro ideal de tener un país más productivo en lo económico, más participativo en lo político y más justo en lo social.

Para nosotros el problema de la droga no es un tema de policía sino de política y su solución no solamente se alcanza a través de una agenda operativa sino con un verdadero diálogo político que es lo que precisamente hoy estamos buscando.

El problema, tal vez, radica en que se piensa que la droga sólo preocupa a los Estados Unidos. Nada más equivocado: la droga es más perjudicial, mucho más perjudicial, para Colombia que para Norteamérica, como lo he demostrado en estas palabras.

Porque afecta la estabilidad del sistema político.

Porque corrompe la sociedad.

Porque desordena la economía.

Porque le ha permitido sobrevivir a la guerrilla después de la caída del comunismo.

Por eso mismo, en Colombia la guerra contra las drogas no es una guerra de palabras; es una guerra con muertos, con daños materiales, con violencia, con dolor.

Para mí es tan evidente la necesidad de que Colombia y Estados Unidos trabajen juntos, que no puedo imaginar un escenario diferente.

Mi Gobierno hará cuanto esté a su alcance para normalizar las relaciones, siempre y cuando se fundamenten en el respeto mutuo y el derecho de cada quien a trazar el rumbo de sus propias acciones.

No somos enemigos. Lo que tenemos es un enemigo en común.

Nuestra obligación es caminar juntos sin olvidar jamás la frase de Lincoln: «una casa dividida sobre sí misma no prevalece».

Ernesto Samper Pizano